

dad podrá convenir que las multitudes crean una cosa antes que otra; pero objetivamente, como unidad psicológica y como valor social, un creyente vale otro. El sectario está enfermo de una idea fija y su exaltación es proporcional á su temperamento. Cuando se congrega forma rebaños, cuya alma gregaria sigue á uno ú otro pastor con igual ingenuidad. Hoy es negro, mañana rojo; hoy canta el *Himno á María*, mañana el *Himno de los trabajadores*; hoy se adorna con escapularios, mañana con eglantinas. El hombre de pensamiento no cabe en ninguna parte: compadece al anticlerical lo mismo que al ultramontano. Y si pudiera adelantarse en los siglos, si pudiera vivir según su moral futura, á quien le preguntara si se debe estar con Dios ó contra Dios, podría contestarle prescindiendo de la pregunta:

—El hombre libre debe estar consigo mismo y contra todos los rebaños.

## Las fatigas de un huelguista

---

París, 1906.

«Huelga, espacio de tiempo en que uno está sin trabajar», según define el diccionario de la Academia. El valor ético de la huelga sería muy fácil de fijar si los términos del problema fueran sencillos. Si el trabajo es un mal, la huelga es un bien: si el trabajo es un bien, la huelga es un mal. La cuestión no es, empero, tan sencilla.

El trabajo es una necesidad fisiológica y todo ser viviente goza trabajando, según lo ha demostrado Carlos Féré en un docto volumen sobre «el trabajo y el placer». Pero esa verdad fisiológica no es exacta en la vida real. Hay dos clases de trabajo. El que se efectúa cuando se tiene disposición, de acuerdo con las inclinaciones individuales, resulta delicioso: el que se ejecuta por necesidad y sin vocación, bajo una férula cualquiera, es horrible. En la vida económica moderna, al hablar de trabajo y de trabajadores se alude siempre al desagradable, al trabajo obligatorio.

No está probado que Dios sentenciara al hombre: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente»; más exacto parece el refrán profundísimo: «El vivo vive del tonto, y el tonto de su trabajo.» Era sin

duda un hombre vivo el señor Paúl Lafargue cuando escribió su hermoso panfleto «El derecho á la pereza», demostrando que el trabajo es un mal necesario, una desventura que el hombre debe soportar, aunque procurando reducirla á su mínima expresión. El panfleto ha cundido entre los trabajadores, según lo demuestran las numerosas huelgas que ocurren en todas partes; por el momento reclaman las ya clásicas ocho horas, reservándose el derecho de pedir después siete, cinco y si fuera posible dos. El ideal sería no trabajar ninguna.

Como todos los ideales, éste es un bello absurdo.

La Naturaleza brinda al hombre su enorme depósito de subsistencias, necesarias para la vida humana; pero esa materia prima hay que arrancarla de sus entrañas y elaborarla, hasta que sea adaptable á nuestras necesidades. El carbón no sale automáticamente de las minas; es menester sembrar el trigo; una fibra de planta no es una camisa, ni un copo de lana es un traje; una vaca viviente no es un puchero; un árbol ó una cantera no son una casa. Por esos motivos los hombres tienen la obligación de trabajar; y como cada uno por separado no puede adquirir todas las aptitudes que le son indispensables, se produce naturalmente la división del trabajo y existen mineros, agricultores, sastres, cocineros y albañiles.

Basta pensar en la complejidad de las necesidades humanas, siempre crecientes, para comprender la innumerable cantidad de trabajos obligatorios para el hombre. El progreso implica el aumento paulatino de esas necesidades: un hombre es tanto más civilizado cuantas más necesidades tiene. Un hotentote podría vivir ejerciendo tres ó

cuatro industrias; el más modesto obrero de un país civilizado usa los productos de tres ó cuatrocientas.

Es necesario, pues, trabajar; y en rigor, todo el mundo trabaja, aunque muchos en cosas inútiles ó perjudiciales. La diferencia estriba en que nadie está contento con el trabajo que le corresponde en la sociedad, ya porque esté mal distribuido, ya porque lo hay más ó menos pesado, más ó menos desagradable. Bajar á la mina, tejer un paño, anudarse la corbata y ceñirse el corsé, son cuatro formas de trabajo, todas ellas igualmente necesarias para el que lo ejecuta. Un diputado no debe ir al Congreso sin anudarse la corbata, ni puede una tiple cantar en público sin ponerse corsé; pero todos prefieren ser diputados y actrices en vez de mineros y tejedoras. Todos persiguen obstinadamente el mismo ideal: trabajar lo menos posible y en las mejores condiciones.

La civilización moderna, fundada en el sistema económico-capitalista, exige una pérdida cada vez mayor de la libertad individual en los trabajadores. La producción se industrializa cada día más, el trabajo en gran escala es más fecundo que la pequeña industria y la división del trabajo se acentúa. El obrero independiente desaparece, convirtiéndose en número de taller ó de estancia; el antiguo artesano tórnase proletario ó peón, obligado á trabajar en un ambiente colectivo, sometido á reglamentos, con horario fijo y remuneración por tarifa.

El trabajador ignora que esa esclavitud es indispensable para el funcionamiento de la gran industria y la atribuye á la simple maldad de los capitalistas. Como no puede renunciar á su ideal de trabajar menos y mejor, intenta modificar la

duración y las condiciones del trabajo mediante la lucha política y la lucha económica. La primera tiende á orientar la legislación en el sentido de sus aspiraciones; la segunda se propone la modificación directa del contrato de trabajo entre el capitalista y el obrero.

La acción política no tiene la confianza de los trabajadores franceses; los 45 diputados socialistas de Francia son simples políticos de profesión, algunos honestísimos, la mayoría desvergonzados. Están divididos en varias camarillas, se injurian en sus diarios y asambleas, se difaman; en una palabra, se disputan la clientela de electores. Con tal de ser elegidos se alían con el odiado burgués, compran votos, sobornan empleados, lo mismo que cualquier caudillo criollo. Alguno de ellos llega á ministro; entonces los otros diputados socialistas lo denigran, por haber llegado antes que los demás. (Esto no significa que los diputados conservadores sean, por lo general, menos detestables.)

Los trabajadores franceses prefieren la lucha en el terreno económico, para lo cual han organizado numerosos sindicatos obreros bajo el patrocinio de la Confederación Nacional del Trabajo. Allí se detesta á Jaurés lo mismo que á Millerand, á Deville, á Rouanet y á todo el mundo. Los únicos tolerados son Guesde y Lafargue... porque están reñidos con los otros.

Esta confederación ha creado la gimnasia de la huelga, pues el sistema sólo puede considerarse como un deporte. En Francia hay huelgas por centenares. Son muy entretenidas. Se pierden unas y se comienzan otras, para perderlas también. Los diarios explotan el asunto para dar interés á sus crónicas, exagerándolo de acuerdo con sus intereses políticos. Los diarios radicales creen reforzar

la acción del presente gobierno semisocialista; los diarios conservadores pretenden espantar á la población, demostrando los peligros de ese mismo gobierno.

Unos y otros no advierten que París sigue ajeno á esos manejos de comité, lleno siempre de extranjeros que pagan y de franceses que cobran; la industria del forastero, que es la más lucrativa de esta ciudad, no admite huelgas. Estamos á pocos días del 1.º de Mayo, y puede pronosticarse que en París no pasará nada; los burgueses sólo serán ametrallados á discursos. Es posible que en algunas regiones fabriles haya desórdenes; pero los agregados sociales tienen cimientos demasiado sólidos para que estos incidentes de la vida económica puedan comprometer su estabilidad; cuando más, llenan una página de historia sangrienta, como la revuelta de Espartaco, la Revolución francesa ó los motines de Rusia. Al poco tiempo las cosas vuelven á su marcha habitual, con ligeros cambios de amos y la adopción de ciertas reformas impuestas por razones históricas, independientes del capricho de las facciones revoltosas. La evolución social se opera á pesar del desorden, aunque en ciertos casos puede parecer su producto. En el caso presente, los disturbios obreros podrán dificultar el advenimiento del socialismo, en su parte realizable, pero no conseguirán impedirlo. El ministerio de Briand podrá más que la barricada de Guesde.

\* \* \*

Anoche, subiendo la interminable escalera de nuestra habitación en el bulevar Montmartre, nos detuvo un bulto. Era un trabajador, sentado en el

descanso del tercer piso; estaba cobrando fuerzas para continuar hasta el quinto.

Somos viejos conocidos. Es un joven delgado, lampiño, muy nervioso, hijo de un conspicuo bebedor de ajeno, que en vez de mandarlo al colegio lo sumergió en un taller á la edad de siete años. Habla con alarmante verbosidad, lo cual le autoriza á creerse muy inteligente. El muchacho no es malo, pero en vez de fortuna heredó la inclinación por el ajeno. Ha leído cinco ó seis folletos anarquistas, sin comprender gran cosa; pero los sabe de memoria y se atrevería á discutir con el propio Spencer, sosteniendo que la anarquía lo arreglará todo. Por el momento, mientras llegue la hora de participar de más grandes empresas, forma parte de un sindicato obrero; opina que urge declararse en huelga cuando el caso lo exige. Somos vecinos y cada ocho ó quince días entra en nuestra habitación para desahogar sus iras contra la «infame burguesía». Dado el carácter inofensivo de la retórica, su compañía nos entretiene; ¿por qué no confesarlo? abusamos de nuestra erudición en estas cuestiones, para dejarle el consuelo de creer que compartimos sus errores.

Le hicimos entrar en nuestro bufete, y empezó á contarnos sus fatigas del día.

—Estar de huelga es un trabajo enorme. Yo soy huelguista porque es necesario arreglar la sociedad; pero le juro ¡por Dios! que es un trabajo sobrehumano. Hoy me levanté á las cinco de la madrugada y salí en comisión con otros, para impedir que los traidores á la causa fueran á trabajar. Hubo una de palos tremenda; felizmente les rompimos la cabeza á tres de ellos, y de esta manera conseguimos atraerlos á nuestra lucha por la libertad.

—El sistema no es nuevo. En nuestro país alguien propuso hacer la unidad nacional á palos; no es de extrañar que en Francia, país más civilizado, se haga á palos la libertad...

—De ahí nos dirigimos á otros talleres. En todas partes hemos tenido que hablar y pegar, para convencer á algunos y corregir á otros; la causa de la libertad tiene sus exigencias. A las ocho de la mañana, fatigado ya, fui á la Confederación para parlamentar con los jefes de las otras huelgas; allí pasé más de una hora escribiendo notas para los comités y circulares para los diarios...

—¿Para los diarios burgueses?

—Para ellos. Usted comprenda que si los diarios no se ocupasen de nosotros, las huelgas perderían su principal razón de ser. En *Le Journal* son muy buenos; ayer publicaron mi retrato. En *Le Matin* me han prometido publicar un discursito mío, pero tardan mucho; creo que el secretario de redacción debe ser un pesquisista, porque si no ya habría salido el discurso. A las diez hubo reunión en el Tivoli Vaux Hall y tuve que pronunciar como cinco proclamas. ¡Viera usted qué asamblea agitada! Un grupo de internacionalistas de Montparnasse quería quitarme la secretaria porque yo vivo en Montmartre; pero, felizmente, los internacionalistas de mi barrio son más vivos é hicimos poner en duda la buena fe de mi contrincante, insinuando que es amigo de un agente de pesquisas.

—¿Y la especie es cierta?

—¡Qué esperanza! Pero entre los obreros una insinuación de ese género es de efecto infalible; nosotros también tenemos nuestra política y cuando es necesario triunfar no podemos pararnos en simplezas.

—Pero la verdad...

—¡La verdad es que yo iba á perder el puesto de secretario! Como le iba diciendo, la asamblea fué borrascosa; fueron dos horas de apocalipsis, en una atmósfera espesada por mil alientos, cargada por toda clase de emanaciones desagradables, con vahos de ajenjo y de mugre, olor á tabaco negro y á pipas demasiado curadas. Todo el mundo quería hablar á un mismo tiempo y nadie decía nada. Por fin me encaramé sobre la mesa y salvé la situación repitiendo algunas frases elocuentes que le he aprendido á Jaurés: «Los obreros morimos de hambre y los burgueses mueren de indigestión»; «más vale morir en la brecha que vivir en la esclavitud»; «los destinos de la libertad y de la civilización están en nuestras manos», etc. Esas palabras tocaron el corazón del pueblo y hubo un disloque de entusiasmo, confirmándome en el puesto de secretario.

—Es una confirmación bien ganada...

—Al terminar la reunión, deshecho por la fatiga, habría deseado reposar. Me resigné á beber un par de ajenjos y tuve que salir en manifestación, dando gritos continuamente para que no se entibiara el ánimo de mis compañeros. Caminamos casi una hora sin rumbo, hasta que la policía nos atajó: allí armamos otra de puñadas y garrotazos para que los diarios hablen mañana de la importancia de la huelga. Así llegó la hora de almorzar; aunque rendido por el trabajo, tuve que despacharme rápidamente un par de platos y cuatro ó cinco ajenjos en la fonda de un compañero, donde come Juan Grave. Los días de trabajo tengo dos horas para almorzar; pero los días de huelga hay que hacerlo todo de prisa, no hay descanso posible. Media hora antes de la entrada á los talleres tuve que salir en una comisión de vigilancia y recomenzamos la

tarea de hablar y de pegar. A las dos de la tarde hubo reunión en la Bolsa de Trabajo, con la misma atmósfera pesada y otros quince ó veinte discursos; yo pronuncié cinco ó seis, para poner las cosas en su lugar, y además tuve que leer ante la asamblea un centenar de notas de los sindicatos hermanos, alentándonos á continuar en esta santa cruzada por el mejoramiento social.

—¿Las pretensiones de su gremio son muy radicales?

—Por ahora solamente exigimos la jornada de ocho horas; pero hay trabajadores muy atrasados y no quieren comprender la exigüidad de esta reclamación. Figúrese que al votar si se continuaría la huelga hubo más de cien votos en contra. ¡Y eso sabiendo la paliza que les espera si los descubrimos! El escrutinio me dió un trabajo enorme. Tuve que leer, una por una, más de mil boletas, casi todas escritas con garabatos indescifrables. Lo juro que quedé ronco; ¡tuve que beber un par de ajenjos!

—¿Otros dos?

—Sí, pues el ajenjo es el único remedio para la fatiga; si no bebiera, yo no podría aguantar ni dos días de huelga. A las cinco de la tarde hicimos otra manifestación y sus correspondientes discursos; en la plaza de la República hablaron los diputados Marcelo Sembat y Viviani. ¡Esos son hombres de carácter! Pronuncian discursos todos los días y jamás cambian de opinión; hace como diez años que les oigo repetir lo mismo.

—¿Siempre lo mismo?

—¡Claro! El día que no repitan lo mismo les silbaremos, por traidores. Después anduvimos ocho ó diez kilómetros, recorriendo las redacciones de los diarios, hasta la hora de comer. La fatiga era

tan grande, que tuve que beber un ajenjo para estimular el apetito. A las ocho de la noche hubo otra reunión para comentar las noticias del día. Llegué á la asamblea con una jaqueca atroz, no veía ni oía nada...

—¿Por qué no se acostó?

—Eso no es para tiempos de huelga. Un buen huelguista no debe tener jaqueca; aunque esté moribundo tiene que trabajar, pues las grandes causas no se ganan sin grandes sacrificios. En ese estado hube de escuchar otros nueve discursos y pronunciar el décimo. Después cantamos *La Internacional*...

—¿Usted también?

—¡Qué hacer! Al que no canta se le considera traidor á la causa, aunque tenga jaqueca. Y en seguida me puse á escribir las actas de las asambleas del día, varias notas y muchas circulares, hasta las dos de la mañana, sin probar un bocado ni beber más que dos ajenjos.

—Vaya usted á descansar; buena falta le hace.

—Sí, sí; por suerte pronto perderemos la huelga. Espero con impaciencia el momento en que volvamos á la fábrica para poder ¡al fin! descansar un poco.

## Un día de elecciones en París

París, 1906.

Acaso tengan razón los anarquistas al afirmar que la política es una cosa detestable; pero se equivocan, sin duda, al negar que un día de elecciones conviene para divertirse, toda vez que no se incurre en la flaqueza de ser candidato.

La democracia tiene ventajas, aunque no lo afirme ningún hombre de talento. Para nuestro gusto, las mayores son de carácter risueño: un domingo electoral es tan ameno como los tres días de Carnaval juntos. En París todo ciudadano es elector y elegible. Desde que se inventaron los «Derechos del hombre», muchos zampatortas se toman en serio; cualquier analfabeto se cree apto para ser diputado y afirma tener alguna idea capaz de hacer la felicidad de sus semejantes.

Un programa se escribe en pocas horas. Es preferible que esté cuajado de vulgaridades y escrito en pésimo estilo. Un programa que no diga nada es el más perfecto, pues no lastima las ideas que cree tener cada elector. De cada cien, noventa y cinco mienten lo mismo: la grandeza del país, los sagrados principios republicanos, los derechos del hombre, los intereses del pueblo trabajador, la